

tión ante su antiguo patrón, uno de los gringos de la Gerencia. Este noble arranque lo sindicó de traidor. La novela termina en una ola de sangre, en que los obreros mueren debatiéndose fieramente antes de claudicar en las peticiones, que significan el pan de sus hijos.

Juan Marín ha escrito una novela que hasta la primera parte es de un grande y conmovedor interés. Después se deja arrastrar por la tentación de reflejar en sus páginas una de las muchas etapas que ha vivido trágicamente el obrero frente al capital, O sea, la del problema social en toda su intensidad. Sin embargo, por muy laudable que sea ese empeño, creemos que no debió seguir por ese camino, la historia. Había muchos otros, probablemente más hermosos, para darle relieve a la figura de su héroe niño, y hubiera resultado más veraz ante los ojos del lector.

Pero el novelista tiene siempre su punto de vista y sus razones. Y por lo demás, Marín ha escrito una novela muy agradable, pintando tipos y escenas de gran interés humano.

<https://doi.org/10.29393/At232-153ETDI10153>

EXTRANJERO EN LA TIERRA. (Ed. Artes Gráficas. Quito)

Eduardo Luquín, excelente prosista y hombre de fina sensibilidad, es un escritor mexicano que vivió hace algún tiempo en nuestro país desempeñando una función diplomática. Ahora vive en Quito y allí acaba de publicar una breve y curiosa novela, en la cual se muestra como un hombre de original temperamento, para poner de relieve, sin excederse, uno de esos curiosos estados psíquicos, tan frecuentes en los seres poco comunicativos, a quienes un exceso de altivez por un lado y de incompreensión por el otro, los va alejando más y más de la viva y cálida solidaridad que necesita el hombre para vivir.

Pero Luquín, a través del carácter de ese hombre, su personaje, que vive una soledad sin claudicaciones, nos muestra seguramente muchas cosas que ha debido sentir a su alrededor, o

por lo menos en casos muy conocidos y esto le sirve para pintar la hostilidad del ambiente del pueblo donde sale un día el ilusionado peregrino, con ansias de conquistar un nombre, para retornar derrotado y encontrarse allí de nuevo, frente al egoísmo opresor del ambiente pueblerino que lo rechaza sordamente. Por fin logra perforar la dura costra del recelo y mostrar a los demás cuáles son los verdaderos anhelos de su espíritu. Alienta en él el alma de un soñador, de un idealista empedernido, que lucha vanamente por entender cuál es el impulso que lleva a la humanidad por tan errados caminos que sólo la precipitan a la destrucción y a la ruina.

Es el monólogo triste del hombre que se siente extranjero en la tierra. No acierta a comprender por qué los hombres trabajaron durante miles de años, con el fin de adquirir una cultura y un concepto elevado de lo que es la vida espiritual del hombre. Todo eso se reduce a una absurda quimera, cuando los países quedan convertidos en un montón de escombros, bajo el salvaje aluvión de la metralla, que destruye la belleza que la inteligencia humana pudo crear sobre la tierra. Aquello que ese ser de sensibilidad excepcional pudo constatar a su alrededor, en los hombres de su mismo pueblo, en donde los incultos, los traidores e incapaces eran los que se encimaban, por medio de la audacia, es lo que ocurre también en todos los rincones del ancho mundo. ¿Cómo entonces creer en la libertad, en la moral, en la honestidad y en las ventajas de la paz fecunda que hace la grandeza de los pueblos? Terribles preguntas que ese hombre se hace y a las cuales no puede encontrar respuesta.

UN HOMBRE SIN SUERTE. (Orbe).

En este volumen de cuentos, Benedicto Chuaqui sigue contando lo que sus ojos vieron en las múltiples andanzas de su vida llena de trabajos y de situaciones inesperadas. Muchos de estos relatos, la mayoría, tiene por escenario a Chile, o hablan-